



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Filipinas 1582

La victoria sobre los piratas japoneses de Cagayán (II)

Guillermo Calleja Leal

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Historia Militar

1 de abril de 2022

Arcabuces japoneses

Escribió el capitán general Gonzalo Ronquillo de Peñalosa en su mencionada carta del 16 de junio de 1582 al monarca español: «Los japoneses son la gente más belicosa que hay por aquí. Traen artillería y mucha arcabucería y piquería. Usan armas defensivas de hierro para el cuerpo. Todo lo cual lo tienen por industria de los portugueses, que se lo han mostrado para daño de sus ánimas» (Archivo General de Indias. Filipinas, 6., R.4, N.49). En efecto, en 1543 una tormenta arrastró una embarcación china a la isla Tanegashima, al sur del Japón, en la que iban dos aventureros portugueses. Una vez allí, el *daimyō* Tanegashima Tokitaka compró a los portugueses sus dos arcabuces de llave de mecha «mordedora» que habían sido fabricados en la armería de Goa, colonia portuguesa en la India.

Los japoneses estudiaron en ambas armas la proporción de pólvora, sus cañones, sus mecanismos de disparo y sus proyectiles. Luego, el *daimyō* entregó un arcabuz a un armero para que lo copiara y poco después se reprodujo en todo Japón. Al arcabuz lo llamaron *tanegashima* por el *daimyō* y también *teppō*. Pero, además, por una parte, los japoneses procuraron unificar los calibres; y por otra, realizaron ciertas adaptaciones haciéndolo más ligero, preciso y con una cajita de madera laqueada para cubrir la llave de mecha, lo que permitió disparar el arma con lluvia o durante un fuerte aguacero. Una adaptación interesante fue la de sustituir la

horquilla y mantener ángulos fijos mediante cuerdas de distinta longitud para lograr el efecto análogo al del tirador moderno cuando hace presa de brazo con la propia correa de su fusil de asalto.

Preparativos de la expedición

Tras escribir Ronquillo a Felipe II, decidió poner fin a los desmanes que venía realizando Tay Fusa con sus piratas japoneses desde 1580 en la isla de Luzón, sobre todo en la zona de Cagayán. Allí el caudillo pirata nipón había sometido a la población y en la desembocadura del río aún llamado Tajo (luego Río Grande de Cagayán) estableció su base de operaciones con la construcción de un fuerte y una flotilla formada por un junco y como una docena de sampanes.

Juan Pablo de Carrión tenía entonces 70 años, era capitán de la Armada y de máxima confianza, tenía experiencia en combate contra los indígenas filipinos y en navegación por el archipiélago. Por todo ello Ronquillo le encomendó la misión de organizar y comandar una expedición militar para vencer a Tay Fusa en Cagayán y así pacificar la isla de Luzón.

Carrión formó una flotilla con siete barcos enviados desde Nueva España: el navío ligero *San Yusepe* (de *Giuseppe*), la galera *Capitana* y cinco bajeles menores de apoyo. También alistó a 20 marineros.

En cuanto a la fuerza embarcada, Carrión alistó a 40 soldados españoles y de los que sólo 5 ó 6 habían luchado en Europa en los Tercios, ya que la mayoría eran españoles nacidos en el virreinato de Nueva España. Entre estos criollos novohispanos había unos cuantos oficiales y también un reducido número de indígenas tlaxcaltecas integrados perfectamente en el ejército español, a la par de los españoles novohispanos y de los propios peninsulares.

Aunque los tlaxcaltecas no habían combatido en Europa, no eran precisamente soldados bisoños. En su mayoría eran soldados curtidos como guerreros en combates, como los de la Guerra Chichimeca, dentro de las llamadas Guerras de indios de México (1547-1600), en la que combatieron aliados de los españoles comandados por Miguel Caldera y Pedro de Ahumada Sámano contra los chichimecas (guachichiles, zacatecos y guamares). Pero, además, 400 soldados tlaxcaltecas marcharon con Legazpi a Filipinas, participando en la conquista de Maynilad (donde él fundó Gran Manila) y de toda la isla de Luzón en 1571, como también en los 4 años que duró la pacificación del archipiélago. Tales soldados indígenas hablaban el náhuatl y, casi todos, el castellano.

Todo este pequeño cuerpo expedicionario novohispano de criollos e indígenas había recibido instrucción militar, por lo que conocían las tácticas militares de los Tercios españoles.

Además, Carrión incorporó a un cierto número de indígenas filipinos de tribus tagalas, pampangas y bisayas, que supuestamente eran fieles a Felipe II y a Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, su capitán general, pero tal fuerza militar no era de fiar y no se descartaba que en un momento dado cambiara su alianza con el Real Ejército por la del ejército de los *wōkōu* de Tay Fusa en los inminentes combates de Cagayán.

En cuanto al armamento, todo era europeo, pero los peninsulares y los criollos se reservaron las mejores armaduras y las armas de más calidad, mientras que los indígenas tlaxcaltecas y filipinos dispusieron de las armas y defensas propias de un soldado común.

El primer combate en Cagayán

El capitán español pasó a la acción y partió con su flota capturando un junco pirata en el que introdujo a 16 de sus hombres, poniéndolo rumbo a la desembocadura del río Tajo. Pero luego sucedió que al doblar el cabo Bojeador se toparon con un junco japonés de grandes dimensiones que acababa de masacrar y arrasar por completo una aldea de pescadores.

Acudió la galera *Capitana* y alcanzó al junco nipón, siendo este superior en hombres a los españoles de la galera en una relación superior de 10 a 1, aunque inferior en armamento. Primeramente, se armó las culebrinas de la cruzía y se montaron los falconetes en cubierta, luego todos hicieron un breve rezo y después se inició el combate.

Tras ganar barlovento con la *Capitana*, Carrión ordenó disparar todas sus piezas de artillería y también la arcabucería. El casco del junco pirata quedó destrozado por su amura de babor, en su cubierta se produjo una masacre y el palo mayor quedó derribado. Luego se lanzó el garfio desde la galera para iniciar el abordaje dirigido por el propio Carrión. Pese a los resultados del fuego de esta primera andanada española, como los piratas abordados del junco eran superiores en número y además de armas blancas tenían arcabuces, detuvieron el avance español en el abordaje.

La situación cambió entonces por completo, ya que los españoles retrocedieron y regresaron a la galera. Fue entonces cuando los *wakō* del junco tiraron su garfio a la galera y unos 140 abordaron su cubierta avanzando con rapidez hasta el palo

mayor, mientras otros 60 arcabuceros disparaban contra los españoles. Ante tal empuje de los piratas, los españoles se dirigieron entonces a popa para formar allí una barrera defensiva colocándose los piqueros por delante y detrás los rodeleros y los arcabuceros, y recuperar luego la iniciativa al contraataque.

La galera se llenó de humo y fogonazos con los arcabuzos de unos y otros. Miguel Rey y Carlos Canales (2012:187) narran cómo Carrión cortó con su espada la driza de la vela del palo mayor, cayendo ésta atravesada sobre el combés, que es el espacio que hay entre los castillos de proa y popa. La vela caída sirvió entonces de parapeto desde donde sus arcabuceros dispararon masacrando al enemigo pirata, pasando a continuación el resto a la lucha cuerpo a cuerpo con sus picas, espadas y rodela. Pero, además, este improvisado parapeto no sólo sirvió para las descargas de arcabucería, sino también para restablecer fuerzas durante el combate e ir ganando espacio con las cargas cuerpo a cuerpo.

Los *wōkōu* retrocedieron en confusión ante el empuje del contraataque español, regresaron al junco, retiraron su garfio, soltaron la vela del trinquete que les quedaba e iniciaron una desesperada huida. Pero durante el contraataque el *San Yusepe* se había acercado al junco pirata y lo destruyó seriamente con fuego de artillería, al igual que acabó con los arcabuceros que aún hostigaban con sus disparos a la galera. Dando los piratas el combate por perdido, muchos se lanzaron al mar en su intento de alcanzar a nado la orilla, pero quienes lo hicieron se ahogaron al resultarles muy difícil nadar por culpa de sus armaduras.

Los españoles tuvieron sus primeras bajas, entre ellas la del capitán de la galera *Capitana*, Pedro Lucas. Cabe destacar que este combate se decidió por el contraataque fulminante de los hombres de Carrión en la galera; pero sobre todo por la instrucción militar española sobre el ataque tumultuoso y desordenado japonés, la maestría en el manejo de las armas de fuego, la superioridad del exoesqueleto metálico español sobre la armadura muy ornamental japonesa y en la calidad muy superior de la espada junto con la rodela sobre la *katana* de los piratas.

La batalla decisiva de Cagayán

Tras el primer combate naval contra los piratas japoneses, Carrión prosiguió con su flotilla hacia la desembocadura del río Tajo, pero antes de llegar vio cómo 18 sampanes se hallaban saqueando un pequeño poblado de indefensos pescadores. Abriéndose paso la galera entre la flotilla y disparando las culebrinas y los arcabuces, los españoles causaron unos 200 muertos a los piratas y entre ellos a uno de los hijos del propio Tay Fusa, el caudillo de aquellos *wōkōu* japoneses.

Al alcanzar la desembocadura del río, Carrión vio que desde allí que, en la orilla opuesta, había un fuerte construido de piedra y madera y una flota de sampanes, por lo que envió a uno de sus pequeños bajeles a explorar la zona. Como resultó que la *Capitana* se hallaba muy dañada y el fuerte japonés tenía una guarnición de más de 1.000 *wōkōu* con abundante artillería, Carrión decidió combatir en tierra con sus 40 soldados españoles y los indígenas aliados novohispanos y filipinos.

Tras navegar dos leguas río arriba, Carrión ordenó desembarcar a sus hombres en un recodo del río donde se encuentra el estero de Bicaya. Allí construyó un pequeño reducto en el que colocó sus culebrinas. Cuando los japoneses vieron a los españoles, trataron de negociar el retirarse del lugar sin combatir a cambio de una indemnización en oro por las ganancias que iban a perder. Carrión se negó y los japoneses aceptaron combatir sabiendo que eran superiores en una proporción de más de 10 a 1.

Poco después de amanecer se produjo la primera carga. Unos 600 *wōkōu* japoneses se abalanzaron vociferantes en tumulto sin orden ni concierto alguno, como un enjambre de avispas furiosas, contra la posición española de Carrión y su tropa. Se encontraron con una primera línea bien formada por los piqueros, seguida de la de los rodeleros con sus espadas, y protegiendo ambas líneas la formada por los arcabuceros y artilleros. Las culebrinas y los arcabuces abrieron fuego causando multitud de bajas en los piratas. Sin embargo, debido a que éstos eran muchos, lograron acercarse hasta los piqueros e intentaron arrebatarles sus picas. Pero sucedió entonces que Carrión les había ordenado embadurnar las picas con sebo y los piratas en su inútil intento siguieron cayendo en combate.

Los *wōkōu* retrocedieron, pero no se dieron por vencidos y tras una segunda carga realizaron la tercera y última. Sucedió entonces el momento crítico de la batalla. La pólvora y la munición se había terminado, por lo que Carrión no tuvo más remedio que ordenar a sus hombres que pasaran a la lucha cuerpo a cuerpo pese a su inferioridad numérica, pero superior en organización, instrucción y armamento.

Siguiendo los españoles las tácticas combativas de los Tercios, aquellos aguerridos piratas se detuvieron al chocar contra las picas e intentaron entonces sortearlas para proseguir su avance, pero los rodeleros se colocaron bajo las picas de sus compañeros y con sus espadas y puñales se dedicaron a cortar tendones, apuñalar y estoquear a sus enemigos sin piedad. Si las bajas de los *wōkōu* fueron muy elevadas se debió a distintos factores, como la ausencia de organización y de un mínimo conocimiento táctico, ya que estos piratas basaban su modo de hacer la guerra en atacar en gran número y con valor; pero sobre ésta y cualquier otra consideración, carecieron de espacio para poder manejar sus *katanas* con ambas manos.



Rōnin blandiendo su katana. Dibujo de 1869

La batalla duró 4 horas triunfando la esgrima española de corte y estocada al golpe de mandoble japonés. El acero de la espada española terminó imponiéndose a la ágil *katana*, pero de inferior calidad; y la protección austera del exoesqueleto metálico del soldado español a la muy ornamental e incompleta armadura del *ronin* samurái japonés.

Los *wōkōu* huyeron hacia el mar abierto y dejaron sus muertos y heridos sobre el campo de batalla con todo su armamento como trofeo singular para los españoles: las preciosas armaduras de los *ronin* samuráis; los *kabuto* (cascos) con sus máscaras terroríficas; los *tanto* (puñal de hoja corta), que no sólo se usaban para el combate, sino también para el suicidio ritual por desentrañamiento, que cuando se realiza como una acción de

honor se llama *harakiri* (como por ejemplo, seguir al señor en la muerte, que es el *oibara* o *tsuifuku*) y si es para limpiarlo por una acción muy deshonrosa y miserable se denomina *seppuku*; las *katanas*, que son las espadas que los samuráis unían a su alma formando un todo; y los *tanegashima* (arcabuces).

Consecuencias

En estos combates los españoles tuvieron entre 10 y 20 bajas de los 40 soldados iniciales españoles (los 34 o 33 criollos novohispanos y los 6 o 7 peninsulares) y los 20 marineros de la flotilla, aunque se desconoce cuántas bajas sufrieron los indígenas novohispanos tlaxcaltecas y los indígenas aliados filipinos que combatieron a las órdenes del capitán Juan Pablo de Carrión.

En cuanto a los *wōkōu* de Tay Fusa, de un ejército de unos 1.000 hombres sólo se sabe que fallecieron bastantes centenares y hay quienes cifran las bajas en unas 800 entre la fuerza embarcada en el barco, el junco y los 18 sampanes, y los guerreros de guarnición del fuerte de Cagayán.

Tras la victoria española en Cagayán y pacificada la isla de Luzón, Carrión recibió refuerzos y entonces fundó Nueva Segovia (hoy Lal-lo, en ilocano *Lallo*) en la región del valle del Cagayán. La derrota de Tay Fusa y sus *wōkòu* supuso la total desaparición de la piratería en el norte de Filipinas, salvo la presencia residual y comercial pirata en la bahía de Lingayén.

También, por una parte, este triunfo supuso para España un mayor acercamiento a China y, por otra, hizo posible en 1590 el establecimiento de relaciones comerciales entre España y Japón, aunque Toyotomi Hideyoshi, que era *daimyō* y *kanpaku* (regente y jefe consejero del Emperador), exigiera en muchas ocasiones y, naturalmente, sin éxito alguno que Filipinas aceptara la suzeranía de Japón con un suzerano en Manila como vasallo directo del emperador japonés. De haber sido una suzeranía hubiera supuesto ser una región tributaria a Japón a cambio de una plena e ilimitada autonomía, aunque sin poder mantener relaciones internacionales. Filipinas fue territorio español hasta diciembre de 1898, con la excepción de la heroica defensa de Baler, los «últimos de Filipinas» (1-07-1898 a 2-06-1899), porque su guarnición ignoraba que ya había acabado la guerra con los insurrectos del *Katipunán*. Cuando Japón invadió Filipinas en la II Guerra Mundial, este archipiélago ya llevaba medio siglo sin ser parte de España.